

1910. LA PESTE, LA DISPERSIÓN

Yo encarecería las ventajas de estudiar espiritualmente el espíritu, de hacer psicología psicológica (permítaseme la designación) . . . Ojalá tenga este proyecto la acogida que le deseo. No tardarían en palparse sus beneficios.

Macedonio Fernández, 1902.

(Respuesta a una invitación de José Ingenieros, que lo instaba a publicar en los *Archivos de Criminología*, de reciente aparición.)

La declaración triunfal de Vicente Fidel López (1878) contra la teología y a favor de la nobleza de la materia que – como explica– viene de *mater*¹ deja paso a la reflexión filosófica: no se ha podido descubrir el agente material que constituye al lenguaje y le otorga su poder. Las ironías son ahora de Alejandro Korn, las burlas se dirigen a los aparatos de la experimentación psicológica, la autoridad de C. Jakob (el sabio alemán) se refugia en pequeños círculos.

Alejandro Korn (1860/1936) será uno de los primeros; después vendrán otros: Francisco Romero, Luis Juan Guerrero, Eugenio Pucciarelli, Miguel Ángel Virasoro, Vicente Fatone, Aníbal Sánchez Reulet. Esto dará lugar a la enseñanza de Félix Krueger primero, así como a la entrada de un discurso como el de Bela Szekély (treinta años después); dejemos la palabra a uno de nuestros mejores filósofos; Carlos Astrada, en el prólogo a un libro de Krueger, escribe: “En 1906/1907 –época en que desarrolló su actividad docente en la Argentina (en la Facultad de Filosofía y Letras y en el instituto del

¹ Vicente F. López. Prólogo a *Las neurosis de los hombres célebres*, de José M. Ramos Mejía, Ed. La cultura argentina. 1915. Bs. As.

Profesorado Secundario)– el eminente psicólogo y filósofo Félix Krueger inicia ya, de acuerdo a la nueva posición no del todo consolidada, la crítica y discusión de la psicología asociacionista, de la teoría del mosaico de los elementos, representada por Stuart Mill, W. Wundt, etc. Es así como Krueger comienza en aquella época a abrir el camino para la valoración de la psicología de Dilthey, que implicaba un nuevo punto de vista investigativo, un criterio metodológico más estricto y un considerable ahondamiento en el dominio de los hechos psicológicos y su sentido. De la importancia y jerarquía de las enseñanzas de Krueger en nuestro medio y de las causas de su alejamiento da cuenta cabal el testimonio del profesor Coriolano Alberini, su discípulo de entonces. (*Deutsche Philosophie in Argentinien*, pág. 69, Berlín 1930. Alberini escribe: “El [Krueger] abandonó nuestro país verosímelmente como una víctima de la incompreensión que encontró en la Universidad, la que estaba infestada de sabor positivista”)².

Astrada enfatiza, después, la importancia de la fenomenología en la vertiente alemana y su relación con la psicología de la forma (que habla por entonces de “estructura”).

Esta estructura no es un conjunto, sino una totalidad: a partir del impulso –escribe Astrada– hacia la totalidad, reguladas y vinculadas por éste, surgen se desarrollan formaciones de estructuras de la clase más diversa y también, en general, articulaciones psíquicas”².

Esta perspectiva es dominante en la *Psicología* que el filósofo Luis Juan Guerrero redacta en 1939³ y que será texto obligatorio por muchos años en los colegios secundarios. Guerrero hace un uso táctico de dos textos de Freud (*Interpretación de los sueños* y *Psicopatología de la vida cotidiana*)

² Carlos Astrada: Prólogo a *Estructura y totalidad psíquica*, de Félix Krueger, Ed. Juárez, 1969. Bs. As.

³ Luis Juan Guerrero, *Psicología*, Ed. Losada, 10ª edición, 1949, Buenos Aires.

que le sirven, en verdad, para autorizar mejor el automatismo psicológico de Janet. Pero cuando habla de los “instintos” y de la “infancia”, el cuerpo erógeno del psicoanálisis es excluído en forma radical.

Krueger anticipa –al igual que Astrada, en filosofía– lo que luego llegará a ser el “psicoanálisis existencial” fundado en una transacción que incluye una fenomenología genérica (Biswanger, Husserl) dentro de las pretensiones de Sartre, Jaspers y M. Ponty.

Oscar Masotta, en el año 1964, mostró la imposibilidad de articular el inconsciente freudiano con esta vertiente de la filosofía⁴.

Pero la entrada de los filósofos comienza, en verdad, con las críticas de Alejandro Korn y debería estudiarse –en su relación con el psicoanálisis y la psicología– hasta la producción de trabajos como los de León Rozitchner⁵ o la enseñanza de Guillermo Macci, Raúl Sciarreta y otros.

Esta aparición de los filósofos no deja de alimentar la creencia en una práctica a la que después se le agregan sus fundamentos, dando paso a la división del campo entre técnicos y teóricos.

Américo Foradori escribe: “Alberto Palcos ha escrito libros y monografías de Psicología que fueron siempre de gran suceso científico, porque Palcos une a la estructuración del asunto y a la originalidad de sus tesis un talento discursivo muy propio”⁶. Alejandro Korn comenta *La vida emotiva*, de Alberto Palcos, publicado en 1925: “Las inves-

⁴ Oscar Masotta, *J. Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía*, en *Conciencia y estructura*, Ed. Jorge Alvarez, 1969, Buenos Aires.

⁵ L. Rozitchner, *Freud y los límites del individualismo burgues*, Ed. Siglo XXI, 1972, Bs. As.

⁶ Américo Foradori, *La psicología en América*, Ed. Instituto J. V. González, 1954, Bs. AS.

tigaciones experimentales de los neurólogos merecen el mayor respeto; su valor no se amengua si de ellas se hace un uso indebido. Pero la identificación del hecho psíquico con el orgánico es una superstición vulgar”⁷. Acto seguido, se trata de introducir el objeto de la filosofía: “Por encima del proceso somático –continúa– se alza un dominio autónomo, digamos un pequeño detalle, un epifenómeno: la conciencia”⁷. La ironía con que se retarda la introducción del término conciencia permite captar el peso que empezaba a tener para aquellos a los que Korn se dirige.

Se le perdona la vida a la psicología experimental, pero el desplazamiento hacia la filosofía es inevitable. La vida psíquica es aquí “la conciencia” y es de suponer que pertenece al campo del saber filosófico. Sigue una discusión sobre los actores y los místicos –usados por Palcos como apólogos para su teoría de las emociones– donde Korn expone su erudición y su inteligencia: “No nos engañe –escribe– sobre este punto el lenguaje de algunos místicos. La experiencia mística, única e inefable (. . .) no puede expresarse sino en metáforas”. El aparato de la psicología experimental, surgido en relación con las instituciones de control sociales, es subvertido por los argumentos levantados desde la filosofía: “En ellos (algunos místicos) esta extraña actividad del alma humana alcanza su mayor belleza y reviste un excepcional interés psicológico y filosófico. La intuición mística se ha de relacionar con la intuición poética e intelectual. Para estudiarla conviene acudir a estas fuentes puras, preferibles a los balbuceos de alguna beata histérica. La relación entre lo psíquico y lo orgánico jamás se ha desconocido, tampoco en el caso de los místicos: el ascetismo es el reverso físico del misticismo”. Muchos años después Vicente Fatone, otro filósofo, desplegará estas certidumbres.

⁷ Alejandro Korn, *Ensayos críticos*, Ed. Claridad, 1935, Bs. As.

“El complejo de Edipo y los Gandhaves”⁸ (trabajo incluido en el segundo tomo de las obras completas) se articula sobre lo que Lacan llamó los cuatro conceptos fundamentales: inconsciente, repetición, pulsión y transferencia. Fatone intenta mostrar una simetría invertida, fecunda para abordar las relaciones entre el budismo y el psicoanálisis.

El budismo parte del nirvana y termina reconociendo el deseo de los padres, el psicoanálisis parte de este deseo –Edipo, el complejo parental– y se encuentra con el nirvana (pulsión de muerte).

El postulado que sostiene este “teorema” es el texto Vasubandhu que –como lo explica Fatone– no necesita de ninguna interpretación puesto que a la pregunta por la reencarnación el texto responde que el ser “turbado por la pasión, va, por deseo de amor, al lugar de su destino (. . .) Ve el lugar de su nacimiento, aun desde lejos, ve a su madre y a su padre unidos. Su espíritu es turbado por el efecto de la complacencia y la hostilidad. Cuando es macho, está poseído por un deseo de macho hacia la madre; cuando es hembra, está poseída por un deseo de hembra hacia el padre; e, inversamente, odia ya sea a su padre, ya sea a su madre, a quien contempla como a un rival, como a una rival. . . El espíritu así turbado por esos dos deseos erróneos se adhiere al lugar donde están unidos los órganos, imaginándose que es él quien se une.”

La pulsión de muerte introducida por Freud en *Más allá del principio del placer* produce la ruptura con las éticas utilitarias (James y Stuart Mill) y con el hedonismo en boga. Ya no se trata de un aparato regulado por la búsqueda del placer y la huida del dolor, sino por la repetición que excede la voluntad del sujeto. Es verdad que la divulgación psicoanalítica sigue –en la actualidad– suponiendo que el

⁸ Vicente Fatone, *Obras completas* (tomo 1 y 2), Ed. Sudamericana, 1972, Bs. As.

análisis es una “técnica de la felicidad”, pero hay que encontrar aquí los ecos de una ruptura. Wilhelm Reich “rompe” con Freud siguiendo esta ideología de la felicidad y lo acusa de reconciliar al psicoanálisis con la sociedad al “justificar” la represión por la repetición. Es que para Freud –como para los estoicos– las cosas se alejan de la posibilidad de fundar al sujeto en el justo medio. El goce –la repetición, la pulsión de muerte, el masoquismo– es sacrificado a la castración para instituir la ley del deseo y asegurar el placer, el único (justo) medio que permite gozar lo menos posible, según Lacan.

Desde entonces se dirá que Freud fundó la pulsión de muerte en el mito biológico de un retorno a lo inanimado (1920), sin leer lo que en 1923 (*El yo y el ello*) rectifica este postulado para fundar la pulsión de muerte en relación con el narcisismo y las identificaciones. Dejemos aquí este difícil problema para retornar a la lógica del texto de Fatone.

Partiendo de *El banquete* de Platón, el texto marca la anulación de la diferencia macho/hembra en el mito del andrógino y descubre la imposibilidad de la relación sexual: “El amor no era la simple búsqueda del placer sexual –escribe Fatone–, sino el deseo de reintegrarse a la antigua unidad”. Las pulsiones son nuestra mitología (afirma Freud), porque mitologizan lo real (agrega Lacan). Los postulados del psicoanálisis no tienen un estatuto óntico porque surgen de la escucha de un discurso que es el fundamento de sus teoremas. El saber del inconsciente y el saber de lo real se encuentran en una relación de convergencia y exclusión.

Es por el amor que el goce se anuda en la muerte: “cuando llegase el momento de pasar al reino de Hades –escribe Fatone– seguirían siendo uno en vez de dos, unidos en una sola muerte. En el ansia de volver a unirse, las mitades son capaces de estrecharse hasta morir de hambre y de inercia, y cada una se niega a hacer nada sin la otra”. Si hay que volver a unirse es porque el sujeto se constituye por

la pérdida de la unidad de su ser, por eso Fatone llega al *Bar do* (traducción tibetana del entre-ser) donde los seres intermedios (los andróginos) erran en la búsqueda de su “matriz” perdida.

Dejamos este texto cuya lectura podría proseguirse, habiendo señalado la importancia de su lectura.

Si los filósofos pueden producir escritos que soportan una relación con el discurso del psicoanálisis, es porque los que se autorizan en la práctica transforman los textos en un metalenguaje que les otorga la cifra de una relación hermenéutica con aquello que escuchan. Sin embargo, entre nosotros, es necesario diferenciar dos vertientes de la estrategia filosófica: 1) La que va de Alejandro Korn a Vicente Fatone prosigue una crítica del positivismo (sea la psicología experimental en el primer caso, sea la razón soberana en el segundo). 2) A la inversa, la línea que va de Carlos Octavio Bunge a Guillermo Macci es una defensa del positivismo el primero, del materialista el segundo). Macci, por ejemplo, llega a repetir una antigua idea de Pizarro Crespo –que citaremos más adelante– sobre la relación entre el narcisismo y la sociedad capitalista, para proponer la solución de una creencia: “Es por ello que creemos –escribe– que es necesario ahondar la dialéctica de Lacan a través de la dialéctica materialista. Esta aporta la cuestión del lugar del psicoanálisis en el seno de las relaciones sociales”. Por supuesto, la *mater materia* verdadera es “la materialidad de las relaciones de producción. Cualesquiera otra forma de materialidad que la desconozca corre el riesgo de transformarse en una metafísica de la materia”⁹. El fantasma de una metafísica de la materia es levantado para exorcizar la materialidad del significante postulada por Lacan, la que debe corregirse li-

⁹ Guillermo Macci, *Lacan y la autocrítica del psicoanálisis*, Rev. Imago N° 2, 1974, Bs. As.

www.descartes.org.ar

gando “la dimensión del deseo a la infraestructura (. . .) el campo analítico en relación al complejo campo de la producción social”⁹.

El inconsciente de Macci está constituido por “las estructuras más elementales del funcionamiento social”, de manera que el cuerpo del goce es medido una vez más en términos de utilidades que se bautizan de producción.

Los filósofos aparecen siempre como agonistas y/o antagonistas de un idealismo que suponen constitutivo del discurso psicoanalítico, seguros de que más allá existe un metalenguaje (puede ser la física, la biología, la experimentación, la epistemología, la dialéctica materialista) que en los buenos tiempos se llamaba filosofía de la ciencia. Borges dijo alguna vez que el mundo se divide entre aristotélicos y platónicos, pero agregó también que la historia es el transcurrir de algunas metáforas. ¿Cómo se puede seguir hablando de modelos –después de lo que se ha escrito sobre la metáfora– sin comprender que lo real sigue funcionando allí como una substancia duplicada en la heterogeneidad del discurso?

Volvamos a un lenguaje que *no* puede hacer sistema con la filosofía: “Nos hemos visto llevados a la fenomenología –escribe Masotta, en 1964– arrastrados por la crítica de Politzer, ya que sus posiciones, si bien no declaraban un parentesco con la fenomenología, podían muy bien ser consideradas como tales. Pero en Politzer, las dificultades son menores. Ya no se trata de justificar la noción de inconsciente dentro de los límites estrechos de la fenomenología, sino de rescatar, más bien, los derechos del inconsciente frente a una crítica hecha desde una perspectiva fenomenológica –y que coincide en lo esencial con las limitaciones de la posición sartreana–” (*Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía*). Masotta marca el corte con la filosofía y además anticipa lo que Lacan llamará “lalengua” como diferencia con *La Lengua* de los lingüistas, y la estructura de la antro-

pología. En efecto, escribe Masotta en el mismo artículo: “Pero que el inconsciente esté estructurado como un lenguaje no significa que no existan diferencias entre la estructura de una lengua (el “sistema” de los estructuralistas) y la estructura del inconsciente”.

Sin embargo esta ruptura con el campo de la filosofía y del “estructuralismo” que Masotta provoca en 1964 se vuelve a borrar ocho años después cuando desde la filosofía –esta vez por el santo y seña de Althusser– Guillermo Macci intenta una “lectura sintomal” de Freud que *sería* la del mismo Lacan. Pero entonces aparecen ciertas operaciones: el deseo según Hegel (cuando Lacan dice que sus referencias al mismo son didácticas), el inconsciente como “código” (cuando Lacan explicita que no se encuentra allí la correspondencia entre un signo y una cosa), el Otro referido *sólo* a la ley (cuando Lacan lo refiere *también* al Trieb como tesoro del significante). (G. Macci: *Epistemología y psicoanálisis. Acta Psiquiátrica*, Vol. XVIII, 1972, Buenos Aires.)

Estos ecos de la filosofía fenomenológica que Masotta abandona y Macci sostiene, se comprenden desde el Congreso de Mendoza: entrada de la fenomenología en la psicología, dominio absoluto del campo universitario. Aunque la fenomenología había perdido hegemonía, después de 1955 se abre a las variantes comprometidas levantadas desde Sartre. Algunos, como Carlos Astrada y León Rozitchner, llegan hasta el marxismo después de un recorrido que sigue la curva de la declinación del discurso de la filosofía. *Heidegger, el límite*. Todo intento de aplicación (ontoanálisis, psicoanálisis existencial, etcétera) naufraga y solo puede servir para que una cierta dimensión “poética” otorgue brillo al cristal opaco de la psiquiatría pesada.

O bien –Sartre mediante– para que el discurso universitario se ponga a dar a entender que está de vuelta, por la existencia, de un psicoanálisis que desconoce.

La fenomenología con su diálogo, su horizonte de libertad, su pensamiento e incluso su reducción al suspenso virgen de una calculada inocencia, dejará paso a una fascinación por el discurso “maître” de la locura como estado de una soberanía del ser.

Entre nosotros, la traducción de los libros de Laing y Cooper producen el *revival* de textos obligados en las universidades después de 1966. (H. Ey, R. May, Binswanger, etcétera).

La visita a la Argentina de D. Cooper, bajo la bandera de la antipsiquiatría, es una consecuencia de esta psiquiatría.

El pasaje de la psicología experimental a una teoría de la forma (pregonado por Félix Krueger en 1907) se anuda con la psicología fenomenológica propuesta como alternativa al positivismo “liberal” durante el primer gobierno peronista. Américo Foradori encuentra que el cierre (en ese período), de los gabinetes de psicología experimental es un retorno al pensamiento escolástico que borra la luz de un saber positivo. El *Congreso Nacional de Filosofía* que se realiza en Mendoza en 1949 contiene las siguientes ponencias: Donald Brinkman (Zurich), *Existencialismo y psicología de lo profundo*; Honorio Delgado (Lima), *Sobre la significación de la fonética en el proceso del recuerdo verbal*; Luis Felipe García de Onrubia (Buenos Aires), *La crisis de la psicología y la teoría de la forma*; Víctor García Hoz (Madrid), *El nacimiento de la intimidad*; Oscar V. Oñativia (Tucumán), *Contribución a la teoría evolutiva de la percepción*; João de Sousa Ferraz (Brasil), *Psicología y filosofía del espíritu*; Eugenio Pucciarelli (La Plata), *Félix Krueger y su aportación a la psicología actual*.¹⁰

Se incluye, además, una segunda ponencia de Honorio Delgado (*La persona humana desde el punto de vista psicológico*)

¹⁰ Actas del primer congreso nacional de filosofía, Ed. Universidad Nacional de Cuyo, tres tomos, 1949, Mendoza.

que no deja dudas sobre el desplazamiento que se intenta operar; otra, de Jean Hyppolite, explicita el pasaje de Bergson al existencialismo.

Tanto la psicología de la forma como el “psicoanálisis existencial” concluyen en el repudio de la psicología clásica y encuentran lugar por una estrategia del discurso universitario que intenta reemplazar las ideas “liberales” y sus derivaciones en un campo político de “izquierda”. La psicología experimental había pasado de Europa a los EE.UU. y esta psicología existencial volvía a poner a los pensadores europeos en el dominio del campo. Mientras la psicología experimental encontraba su espacio de operaciones en la educación liberal, esta nueva vertiente puede encontrar alianzas con el pensamiento del catolicismo y proponerse como alternativa ideológica al sujeto de la libre empresa pregonado por dicha educación. Las equívocas relaciones de esta corriente con los gobiernos “totalitarios” muestran esa verdad que se descubre siempre en el terror y que conduce a la política paranoica. Lacan lo explicita en forma precisa, aludiendo al existencialismo: “Al término de una empresa histórica de una sociedad por no reconocerse ya otra función sino utilitaria, y en la angustia del individuo ante la forma concentracionaria del lazo social cuyo surgimiento parece recompensar ese esfuerzo, el existencialismo se juzga por las justificaciones que da de los callejones sin salida subjetivos que efectivamente resultan de ello: una libertad que no se afirma nunca tan auténticamente como entre los muros de una cárcel, una exigencia de compromiso en que se expresa la impotencia de la pura conciencia para superar ninguna situación, una idealización voyerista-sádica de la relación sexual, una personalidad que no se realiza sino en el suicidio, una conciencia del otro que no se satisface sino por el asesinato hegeliano”¹¹. Nostalgia de la Edad Media, de los estamentos y las comunidades, donde se intenta repu-

diar el movimiento y la dispersión, la infinitud del ser en la finitud del cuerpo. Búsqueda del amparo: la verdad que habla en este síntoma dice la falla del “saber” que se intenta fundar en otro lado. En este sentido, la psicología existencial es la verdad de una falla del saber de la psicología clásica, y entre las dos existe el repudio del psicoanálisis.

Honorio Delgado, que había sido interlocutor de Freud y socio de Bermann en la empresa de una psiquiatría pesada, renuncia a este proyecto en una carta donde acusa a la revista de Bermann de hacer “política” en lugar de ciencia y reaparece por la vertiente de Jaspers enrolado en la psiquiatría de la existencia¹². De un lado la reflexología y la psicología experimental ligada al positivismo, del otro la psicología de la existencia.

El repliegue de la psiquiatría (neurobiológica/reflexológica) y la oficialización de la psicología convertida a la “existencialidad”, junto a una parte de la psiquiatría de esa línea, deja un campo abierto que será ocupado por el psicoanálisis médico. La psicología se convierte en un juego académico y en un discurso filosófico de ambiguas connotaciones políticas. Después de 1955, con la fundación de la carrera durante el gobierno de Frondizi, retorna la vieja psicología mediante ciertas transformaciones: experimental, luego conductista y por fin “cultural” en cierta alianza con el campo sociológico. El psicoanálisis médico influye en sus direcciones buscando cierta apertura hacia un mercado virtual y la carrera soporta una escisión que se puede enunciar en la divertida manera de dividir el texto del psicoanálisis. Freud es un buen *psicólogo* y un pésimo *sociólogo*. Con el Freud

psicológico uno se puede ganar la vida; con la sociología, darse estrategias relacionadas con la *parte social* y que permitan discutir el lugar que se debe ocupar en el *reparto social*. Este retorno de la psicología resulta de una mayor confusión para el psicoanálisis, puesto que intenta incorporarlo de alguna forma. Pero esta operación fue intentada por la psiquiatría en la década del treinta, por la medicina en la década del cuarenta y por la filosofía en la década del cincuenta. ¿Era el turno de la psicología social?

Si en los orígenes de la psiquiatría hay un “doblaje” que introduce a cada uno en correspondencia mimética con el modelo que le sirve de espejo (Argerich es Cabanis, Alcorta es Pinel, Meléndez es Esquirol, etcétera), el psicoanálisis parece comenzar por cierta dispersión de la legitimidad profesional del sujeto que desea soportar y transportar su discurso. Basta pensar en el extraño personaje que Freud fue para sus colegas, y en las extrañas personas que fueron sus primeros interlocutores.

Anibal Ponce hace su viaje de estudio a París y, como le ocurre con frecuencia a los argentinos, trata de predicar desde allí cómo debe ser un francés. Por eso envía una nota sobre los comienzos del psicoanálisis en Francia, aclarando que su difusión se debe a una mujer mundana seguida de algunos literatos, pero que ningún (científico) francés se lo toma en serio: “Atraer el mundo literario y contagiarle su entusiasmo era, sin duda, un triunfo verdaderamente excepcional. Pero madame Sokolnicka aspiraba a algo muy distinto (. . .) El mundo científico continuaba mientras tanto más cerrado y más hostil que nunca (. . .) la boga demasiado frívola alejaba más que nunca a los investigadores silenciosos, acostumbrados a examinar las teorías de las ciencias en un ambiente muy distinto al del salón de madame Sokolnicka (. . .) conquistar a ese público científico era para madame Sokolnicka la etapa final, el objetivo verdadero”¹³.

¹¹ Jacques Lacan, *El estadio del espejo* (Escritos 1, Ed. Siglo XXI), México.

¹² Gregorio Bermann, *Nuestra psiquiatría* (carta de H. Delgado), Ed. Paidós, 1960, Bs. As.

Aníbal Ponce carga las tintas sobre *pasó de moda en París* mientras simula burlarse de la moda; puesto que escribe para unos que jamás se expondrían al ridículo de sostener algo que para los franceses es un juego de salón regentado por una madame “sin título científico alguno”¹³.

¿Pero por qué Aníbal Ponce tiene que escribir esto en 1929, después de haber escrito *La divertida estética de Freud*, en 1923? *Historia del movimiento psicoanalítico*, escrita por Freud en 1914, anota en el capítulo segundo: “Un médico –probablemente alemán– residente en Chile, defendió en el Congreso Médico Internacional de Buenos Aires, en 1910, la existencia de la sexualidad infantil, y encomió los resultados de la terapia psicoanalítica en los síntomas obsesivos”. Se refiere a un trabajo de Germán Greve titulado *Sobre psicología y psicoterapia de ciertos estados angustiosos*, que puede ser consultado en la Biblioteca de Profesores y Profesionales de la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Para comprender la dimensión en que se sitúa el discurso de Greve, vamos a relacionarlo con la tesis que dos años antes –en 1908– presentara Juan Antonio Agrelo bajo el título *Psicoterapia y reeducación psíquica*. Esta tesis es particularmente significativa porque introduce la palabra psicoterapia y porque el autor no ignora nada de las publicaciones actuales, lo que hace sospechar que desconoce las publicaciones de Freud y del psicoanálisis. Agrelo habla de la división del sujeto, de la repetición y de las representaciones provocadas por el desco (palabra que subraya en el texto, pero que luego define como necesidad), pero excluye toda referencia a la sexualidad en el sentido psicoanalítico del término.

Agrelo, que es patrocinado por José Ingenieros, recuerda de entrada una sentencia de Chomel, citada por su maestro Valentín Grandis: *El médico consuela siempre, alivia a menudo, sana muy pocas veces*.

¹³ Aníbal Ponce, *Apuntes de viaje*, Ed. El viento en el mundo, 1970, Bs. As.

Dice que su experiencia le mostró la verdad de este aforismo y que tiene la esperanza de que la psicoterapia le permita ampliar el límite enunciado en “pocas veces”. Los antiguos veían la “etiología” de la enfermedad en la influencia de algún espíritu y en consecuencia realizaban ciertas prácticas mágicas que eran eficaces por la fe del enfermo y la autoridad del practicante. En la actual medicina, argumenta Agrelo, podemos comprender que el placebo materializa el mismo fenómeno. La explicación es la sugestión y autosugestión, que es especialmente marcada en sujetos amorfos (que reciben su forma del otro), productos de las circunstancias y dominados por el azar.

Agrelo se apoya en una serie de autores (Braid, Liebault, Levy, Charcot, Grasset, Berheim, Crocq, Regnault, Binet, Janet, Ribot, Pitres, Gilles de la Tourette, Sollier, Duprat, Le Bon, etcétera) y en cuanto a la polémica entre la escuela de Nancy y la de la Salpêtrière sobre los beneficios y/o peligros de la hipnosis, se apoya en Wundt para decir que “lo mejor es colocarse en un justo medio”.

Toma de Grasset la diferencia entre una psicoterapia inferior (que se practica sobre los automatismos inconscientes a través de la hipnosis) y una psicoterapia superior (que se practica por la reeducación consciente de la voluntad). Esta diferencia es posible a partir de la hipótesis de una división entre automatismo inconsciente y voluntad consciente. Los efectos del automatismo pueden observarse en los normales (distracción, hábito, instintos) y en los enfermos (histeria, sonambulismo, enfermedad mental).

La influencia no se produce –aclara Agrelo– a través de fluidos misteriosos que pasan del médico al enfermo; pero dado que la misma existe, es difícil saber cómo opera la sugestión que consiste en la “introducción de una idea en otro cerebro”. Lo psíquico es definido como moral (según la nomenclatura de Cabanis) y en relación con lo físico: en

consecuencia, la psicoterapia es la reeducación moral de la voluntad mediante la sustitución o corrección de la idea mórbida.

La hipnosis sirve para la psicoterapia inferior porque “no fortifica la voluntad, no tiende a la unidad y personalidad del yo” como lo hace la psicoterapia superior, definida como reeducación total.

Cuando Agrelo describe la división del sujeto y la obediencia del yo –poniendo como ejemplo la imitación y la persuasión– se encuentra al borde de la identificación. Pero se apoya en Le Bon, autor del que parte Freud para exponer su teoría de la identificación en *Psicología de las masas y análisis del yo*.

Todo el mundo duerme, pero no todo el mundo puede ser hipnotizado: aquí es necesario diferenciar la desaparición de la voluntad producida por el inconsciente –dice Agrelo– de la que se produce por la autoridad del otro. “Cuando se habla de centros automáticos –escribe Agrelo– no hay que olvidar que se trata de un automatismo psíquico”.

Descripta la psicoterapia inferior que se practica a través de la hipnosis, Agrelo pasa a exponer la psicoterapia superior que se practica mediante una reeducación que tiende a devolver al yo esa unidad perdida por la persistencia de “representaciones” que mediante el poder de la imaginación, introducen la división que se manifiesta en la repetición automática de ideas, de malestares, de actos que escapan a la voluntad.

La desaparición del síntoma en la psicoterapia inferior se produce por una “obediencia automática que no contribuye a la unidad del psiquismo”.

¿En qué consiste la psicoterapia superior? No en una obediencia pasiva como en el caso de la inferior, sino en una participación activa del enfermo en un proceso tendiente a “lograr la unión y la confortación de su actividad psíquica”.

Lo “racional” de esta propuesta, según Agrelo, se basa en el principio de Berheim: “Toda idea aceptada por el cerebro tiende a convertirse en acto”. ¿Por qué el cerebro no acepta una idea? Porque en lugar de ésta se encuentra otra (mórbida) que debe suprimirse con la ayuda del médico. Y es aquí donde vuelve a introducir la sugestión, puesto que todos los medios son buenos.

Llega a bordear el psicoanálisis cuando recomienda el método socrático: dejar hablar, mostrando una serenidad atenta. Sin embargo le parece bien la persuasión, la enseñanza, el consejo. Agrelo comprende que nada de esto puede ser eficaz si no es verdadero para el médico. Pero si la verdad garantiza la eficacia, el deseo del médico entra en escena, y el deseo de Agrelo es convencer a sus maestros de que el pesimismo de la sentencia de Chomel puede ser superado con la psicoterapia, que la misma es indicada para “todas aquellas afecciones en que se puede reconocer la influencia de las representaciones mentales. . .”. Luego agrega que dichas representaciones tienen un poder patógeno o curativo en todos los sujetos.

Patógeno es lo que engendra el sufrimiento y, por lo tanto, se trata de exponer que el sufrimiento puede ser producido por representaciones que se encuentran determinadas por el desco. En ese punto, Agrelo retrocede para refugiarse en las certidumbres de la naturaleza positiva: por supuesto, agrega que todas las enfermedades tienen un sustrato orgánico (porque afirmar lo contrario sería “volver a la metafísica”).

Por eso, siendo la enfermedad psicofísica, el tratamiento debe ser mixto: la conversación es el medio directo, las recomendaciones (aislamiento, lecturas, descanso) serán el medio indirecto.

Luego pasará revista a la neurastenia del norteamericano Bread, a la histeria de Charcot, etcétera. Critica las cu-

ras por reposo (*Mastkur* de los alemanes, *Resteure* de los norteamericanos, *Cure d'isolement* de los franceses –aclara) puesto que la fatiga neurótica es imaginaria.

Generalizando la idea de automatismo se llega a la conclusión de que el sujeto debe ser reeducado en tres formas: en lo psíquico (ideas), en las percepciones (sensaciones), en la motricidad (funciones). Esto se logra promoviendo representaciones favorables y combatiendo las morbosas. Hay un límite, el goce histérico: “Es casi imposible –escribe Agrelo– encontrar el hilo conductor de la fantasmagoría de las histéricas”. Sus representaciones son fantásticas, excéntricas, caprichosas, indescifrables: padecen infantilismo y por lo mismo carecen del poder de la voluntad necesario para realizar la psicoterapia racional.

¿Qué estaba pasando para que desde las cosmogonías evolucionistas de Ameghino, donde sólo había una unidad continua de transformaciones que abarcaba el universo entero, se llegara a exponer un sujeto compuesto por divisiones similares a las que teorizaban los “salvajes” y los “antiguos”? Desde el comienzo Agrelo debe aceptar que hay un saber sin sujeto (la sugestión que practicaban los chamanes) y que la ciencia no puede sustituir ese saber, sino que a lo sumo puede explicitar sus operaciones.

En el espacio que se abre con la tesis de Agrelo en 1908 viene a resonar el discurso de Greve de 1910: “A pesar del impulso que en los últimos años se ha dado al estudio de las neurosis y de las hipótesis y teorías, a cual más ingeniosa y sugestiva, que se han emitido, muy lejos se está de una solución definitiva del importantísimo problema de su génesis y mecanismos de formación. El problema ha sido abordado, por distinguidísimos investigadores, desde los más distintos puntos de vista, pero teniendo siempre presente la clásica nosografía de Charcot. En efecto, a pesar del aparente antagonismo de las opiniones emitidas, hay en todas ellas

o en casi todas, un fondo común que revela un culto a las lecciones del maestro. La teoría más rudamente combatida, sin duda, es la del profesor vienés Freud; la importancia que da a la sexualidad en la génesis de la neurosis, es la causa de los más acerbos ataques en gran parte anticientíficos y prejuiciosos, como no podía esperarse de otro modo en materia en que predominan las más arraigadas convicciones de orden convencional y social”. Expuesto ante la sección de Neurología, Psiquiatría, Antropología y Medicina legal del Congreso internacional Americano de Medicina e higiene, Bs. As. 1910. Así comienza la conferencia de Greve. Lo que dos años antes era una novedad para Agrelo se convierte en resistencia común frente a la introducción de la sexualidad por Freud. (Es significativo que Etchegoyen recoja la opinión de Torre Norry de que la tesis de Agrelo es la primera que cita a Freud en nuestro país, siendo que es una de las primeras que cita a Pavlov y evita en su profusa y actualizada información el nombre de Freud. Siendo Torre Norry un reflexólogo y Etchegoyen un psiquiatra, el error, nos parece, tiene vocación de lapsus)¹⁴.

El discurso de Germán Greve tiene un valor estratégico: desde el comienzo sitúa la exposición en torno al cuerpo erógeno, interpelando el cuerpo de la medicina y de la psiquiatría inspirados en los estudios neurobiológicos del sistema nervioso. El cerebro de Cabanis, convertido por Pinel en el centro de ciertas operaciones políticas del ciudadano de la Revolución Francesa, es sustituido por los bordes libidinales de un cuerpo que transgrede las funciones de una sexualidad definida como naturaleza reproductora y guiada por el fin utilitario de conservar la especie. ¿Qué utilidad

¹⁴ Gregorio Bermann (compilador). *Las psicoterapias y el psicoterapeuta* (ver Ricardo H. Etchegoyen: *Estado actual de la psicoterapia en la Argentina*), Ed. Paidós, 1964, Bs. As.

puede tener la insistencia de un deseo que no pudo satisfacerse en el momento de su aparición y que tampoco podría ser satisfecho después? Es una pregunta de Freud, escrita en un texto que no por casualidad se llama *Más allá del principio del placer*.

La sexualidad –transmite Greve, casi puntualmente– circula por una cadena de representaciones que son “repudiadas” porque se oponen a los ideales del sujeto (la represión es inseparable del narcisismo). Para comprender la eficacia de las ideas inconscientes es necesario sustituir la idea de herencia y la más banal de “constitución neuropática” por la de constitución sexual. Recién entonces se comprende que el trauma es aquello que sorprende como real al sujeto, aquello que su constitución sexual no puede evitar. El síntoma se convierte en una actividad sexual metafórica (para la histeria) y metonímica (para la neurosis obsesiva). ¿Qué papel desempeña la sexualidad –se pregunta Greve– en el mecanismo generador de estos fenómenos? Para responder introduce las fantasías producidas por un cuerpo polimorfo que se constituye por zonas erógenas que no pueden subordinarse a la reproducción por ser anteriores a la genitalidad, y determinarla desde la satisfacción autoerótica. Una vez que se han producido esas fantasías queda el camino de una satisfacción en el discurso (sublimación), de una represión (neurosis) o de una satisfacción perversa. Este camino se encuentra en la constitución sexual misma porque desde el comienzo existe una primacía del falo, haciendo imposible la diferencia sexual (masculino/femenino) “. . . la sexualidad de la mujer –escribe– era de un carácter francamente masculino, que para tornarse femenino, necesita de un poderoso proceso de repudiación. . .”

Greve le concede a su auditorio la diferencia entre las neurosis actuales y las psiconeurosis, pero sabemos que las

actuales tienen algo difícil de congeniar con el “soma” del cuerpo médico¹⁵.

Al referirse a la génesis de la neurosis habla de la sobredeterminación, complicando el esquema lineal de una etiología pensada según la relación entre una causa y sus efectos.

Así como Agrelo introduce el término psicoterapia, Greve aclara que lo que está exponiendo se llama psicoanálisis, y que su práctica es la asociación libre que permite la aparición de la resistencia, así como la interpretación de sueños, lapsus, equivocaciones, etcétera.

Por último dice que desconoce la técnica de la interpretación de la resistencia, de manera que cuando sus analizantes no saben cómo seguir les dice que continúen en su propia casa tratando de poder explicitar lo que, sin duda, asocian en su inconsciente.

Greve advierte que sólo rinde un homenaje “a un antiguo maestro”, y que el psicoanálisis no es un saber constituido, sino que sigue transformándose: en la doctrina “la confusión se hace mayor –dice–, por las modificaciones que han ido experimentando los diversos problemas y concepciones de que se compone. Agréguese a todo eso el idioma, estilo y forma de esas publicaciones, y se tendrá la clave de los móviles que nos han inducido a emprender la labor de presentaros esta compendiada exposición de una parte de la doctrina”.

Los términos introducidos por Greve dispersan el saber de la exposición de Agrelo. Para conjurar esta dispersión la psicología irá a valerse de todos los trucos: “Porque fuerza decirlo de una vez –escribe Aníbal Ponce, en 1923–, con menos complicaciones que Anatole France, con más ilus-

¹⁵ Germán L. García, *Actualidad de las neurosis actuales*. Notas de la Escuela Freudiana, 1977, Bs. As.

tración científica que Chesterton, sin las proyecciones revolucionarias de Bernard Shaw, Freud representa, sin disputa, la más alta figura del humorismo contemporáneo”¹⁶.

Ponce se hace el gracioso con el estilo de Freud, mientras que Greve marca que ese estilo tiene sus problemas. Más allá de la ilusión referencial (la palabra como espejo del mundo) y de la ilusión literal (el mundo como espejo de las palabras) existe el discurso del goce tramado por un cuerpo erógeno. En verdad, Aníbal Ponce (que firma con el sobrenombre de Luis Campos Aguirre) no se divierte mucho con “la divertida estética de Freud”, puesto que se le ocurre que el pansexualismo es una idea fija del freudismo allí donde la mínima lectura muestra que es la relación sexual lo que desaparece en un discurso donde la diferencia entre hombres y mujeres es improbable.

Aníbal Ponce no soporta que la Catedral de Burgos, los cuadros de Velázquez (son sus ejemplos) y la literatura de Barbusse se relacionen con el “incesto fundamental” y por eso deja de divertirse cuando escribe: “Pintores, músicos, literatos, todos quedan conmovidos por el Deseo fundamental”.

Por fin, la diversión lo lleva a confesar: “Mucho temo que la necesidad de ser sintético haya puesto un poco de cordura en el precedente resumen de las bufonadas de Freud”.

Freud aparece en la lectura de Ponce como un juego de artificios contrario a la naturaleza de las cosas. Si el escándalo se sitúa en relación con el arte es porque en ese campo siempre fue necesario disfrazar el juego de los artificios para sostener, por ejemplo, que revela la naturaleza humana. Ponce sufre los efectos barrocos de Freud, acusa recibo de

¹⁶⁻¹⁷ Aníbal Ponce, *La divertida estética de Freud. La gramática de los sentimientos*, en *Estudios de Psicología*. Ed. El viento en el mundo, 1970, Bs. As.

las ideas que le parecen dignas de los salones de los literatos.

Sin embargo, este crítico de la reducción al Deseo Fundamental en un extenso trabajo sobre el lenguaje publicado en 1925 reconoce que “*la esencia de la magia es el lenguaje dominando al mundo con sus instrumentos nacidos del deseo*” (subrayado por el autor).

¿Qué más?: “Poco importa que la labor científica – escribe Ponce, en el mismo trabajo– demuestre cómo sus posibilidades van siempre más allá de las presunciones de los hombres. Poco importa porque cuando se piensa en términos de deseo, la criatura humana exige, no la conquista forzada e insegura, sino el dominio absoluto e inmediato. Y esa voluntad de querer llega por tan sutiles raíces hasta el fondo de nuestra estructura, que nos impone irresistible, la esperanza de que hay algo en el deseo mismo capaz de conseguir el fin apetecido”¹⁷.

Es indudable que Aníbal Ponce no se divierte porque el piso de la naturaleza comienza a desaparecer, al punto de que intenta resolver todas las producciones que no son ciencia por una apelación al Deseo (Freud era más cuidadoso, sabía que la pulsión es inseparable de la muerte).

Lo que ya no está prohibido se vuelve obligatorio: desde 1936 A. Rascovsky se encuentra en el Hospital de Niños buscando una explicación *dinámica* de los trastornos endocrinológicos y, simultáneamente, E. Pichón Rivière introduce el mismo discurso en el Hospicio de las Mercedes. Y en 1936 (Rev. *Psicoterapia* N° 2) Pizarro Crespo cita en forma reiterada la primera tesis de Jacques Lacan, publicada en 1932.

Es indudable que Germán Greve tuvo éxito: en 1926 Enrique Mouchet escribe sobre (contra) *La significación del psicoanálisis*, en 1929 Gregorio Bermann escribe sobre *Psicología del Narcisismo* y en 1933 Emilio Pizarro Crespo supone que el narcisismo es la enfermedad de esta sociedad. Los

dos primeros trabajos se publicaron en *La semana médica* y el último en los *Archivos Argentinos de Psicología Normal*.

Mouchet, Bermann y Pizarro Crespo expresan su molestia y su fascinación. Bermann comenta a Hesnard y moraliza el concepto, al igual que Pizarro Crespo: perversión para el primero y egoísmo para el segundo (enfermedad en los dos casos) es el narcisismo.

En aquel momento se impone una lectura homeopática del psicoanálisis: los términos de Freud son nombrados para conjurar el discurso de Freud, los autores se vacunan con aquello que los afecta: “El psicoanálisis es, por otra parte –escribe Mouchet, 1926–, más obra de artista que de hombre de ciencia. Efectivamente, la lectura de la obra de Freud nos lleva al convencimiento de que más que hombre de ciencia que somete sus afirmaciones a la comprobación de los hechos, es un artista dotado de una imaginación exuberante y de una capacidad literaria poco común entre los de su profesión”.

Aquellos que gritan porque Freud reduce el arte y que están dispuestos a explayar lugares comunes sobre la sabiduría del artista, suponen que elogiar el discurso artístico de Freud es una buena estrategia para volver sospechoso su valor: “Por último –sigue Mouchet–, podríamos sostener, sin temor de equivocarnos, que el éxito de la doctrina psicoanalítica, que ha conquistado fervorosos adeptos en muchos países de Europa y América, proviene, además de deberse al estilo brillante en que escribe Freud, de que los espiritualistas y teólogos ven en ella una tabla de salvación para su ideología, comprometida seriamente por las corrientes positivistas, evolucionistas y experimentalistas que tomaron cuerpo en el campo filosófico desde principios del siglo XIX, y un nuevo punto de apoyo para el movimiento de reacción contra tales peligrosas corrientes ideológicas”.

Retorna, en esta afirmación, la naturaleza positiva contra los hechizos del lenguaje. Berthelot (1827/1907) había

clamado: “Asistimos actualmente a un retorno ofensivo del misticismo contra la ciencia; pretende recuperar, en desmedro de ella, y mediante argumentos oratorios, la dominación del mundo, que había perdido luego de mantenerla a hierro y fuego por mucho tiempo”¹⁸. El saber paranoico de la ciencia supone en los “místicos” la producción de un poder que en realidad es el propio, propuesto como lazo social a través de las invenciones de la técnica.

El peligro, como siempre, es el lenguaje (los estilos brillantes, las pasiones oratorias, los juegos de las palabras) que debió ser sustituido por uno artificial –uno bien hecho– para que de esa forma fuera realmente natural (paradojas barrocas de un positivismo que aspira a la connaturalidad del discurso).

Fue en la palabra de Freud donde encontramos la referencia a Greve y es también en su palabra donde podemos recuperar los efectos de esos veinte años. Jorge Thenon publica *Psicoterapia comparada y Psicogénesis*, enviando un libro a Freud.

La respuesta muestra que el psicoanálisis había logrado el pasaje a nuestra lengua: “Muy estimado colega: cada nueva demostración de haber superado las fronteras geográficas es recibida por nosotros con alegría, y por eso celebramos con satisfacción la circunstancia de que también en la lejana Argentina nuestros problemas psicoanalíticos y nuestros puntos de vista son atentamente analizados y estimulan la producción de trabajos científicos precisos. Le propongo a Ud. un extenso resumen de su tesis para publicar en nuestra revista internacional de psicoanálisis. Con la expresión

¹⁸ Berthelot, *Ciencia y Moral*, Ed. Elevación, 1945, Bs. As.

de mis mejores deseos por el progreso de su trabajo, cordialmente a sus órdenes.

Freud (25/8/1930)”¹⁹

Jorge Thenon publica, en 1935, un libro titulado *La neurosis obsesiva (el sadomasoquismo en el pensamiento obsesivo y en la evolución sexual)* donde comienza reconociendo que parece difícil agregar algo a los memorables trabajos de Freud sobre histeria y neurosis obsesiva, para continuar diciendo que “el camino recto, para nosotros, consiste en utilizar los fundamentos materialistas del método (. . .) sin apoyarnos en absoluto en las especulaciones metapsicológicas de Freud y sus discípulos”.

Con mucha naturalidad los fundamentos materialistas del método conducen a lo viviente y desde ahí a la determinación orgánica que hace de la palabra una “forma evolucionada y diferenciada de la actividad biológica”. Si a eso sumamos que “. . . la psiquis expresa la manera de ser social del sujeto”, Thenon llega de vuelta a Cabanis y su organismo morando en una sociedad a la que se anuda por el sistema nervioso central.

A partir del treinta este movimiento aparece como inexorable, cualquiera sea la destreza de los autores.

El psicoanálisis se convierte en técnica de un discurso psiquiátrico que será impugnado –en nombre de los médicos– por Mira y López en su viaje de 1940. Estas conferencias de Mira y López son el comienzo de un desplazamiento operado en el discurso psicoanalítico.

Si entre 1910 y 1930 el psicoanálisis se dispersa con cierta intensidad en algunos adeptos, a partir de esta fecha

¹⁹ Publicada en *La Semana Médica*, 1933, Bs. As.

comienza a ser borrado en nombre de una psiquiatría que había encontrado en Pavlov y en los descubrimientos neurobiológicos el fundamento material de la enfermedad.

Cuando estos poderes parecen constituidos, la guerra arroja entre nosotros a los que fundarán la Asociación Psicoanalítica Argentina.

El psicoanálisis sufrirá, entonces, un desplazamiento hacia lo que se llama “psicosomático”. *Así como la psiquiatría ofrece al psicoanálisis su saber sobre el sistema nervioso, la medicina ofrece su saber sobre el soma y la psicología su saber sobre el medio social.*

Cuando José Bleger interroga al psicoanálisis desde la ciencia, evitando la crítica de Politzer recurre –como siempre en estos casos– al culturalismo: “Por otra parte, la comprensión del Complejo de Edipo como hecho social, es ya lugar común en el psicoanálisis contemporáneo (K. Horney, C. Thompson, Malinowsky, Kardiner, etc.). También lo es la versión del concepto de libido y de instinto. La sociología freudiana, criticada por Politzer, sólo es un error del psicoanálisis. . .”²⁰. Estos argumentos tienen su historia: W. Reich tiraba, a la vez, hacia lo somático y hacia lo sociológico; defendía por igual al culturalismo y la medicina (fue un error de Freud, decía, dejar entrar a los que no son médicos en psicoanálisis)²¹.

En 1938 la editorial Claridad publica *Psicoanálisis sexual y social* de Elías Castelnuovo. La teoría de Freud es expuesta de segunda mano y criticada con argumentos de un culturalismo de cuarta. Por ejemplo, Castelnuovo cree que la sexualidad de Freud significa “genitalidad” y después le enseña. . . ique otras partes del cuerpo, como el ano y la

²⁰ José Bleger: Apéndice a *El fin de la psicología concreta*, de G. Politzer, Ed. Jorge Alvarez, 1960, Bs. As.

²¹ *Reich habla de Freud*, Ed. Anagrama, 1973, Madrid.

oreja, participan en ella! Freud habló del individuo y se olvidó de la sociedad, etcétera.

Castelnuovo opone la teoría de Freud a la de Pavlov, se identifica con los “médicos” y se apasiona por la investigación empírica. Por supuesto, olvida que los “observables” del psicoanálisis son las palabras. La extraña alianza del culturalismo con las ideologías de avanzada, parten siempre del dualismo entre individuo y sociedad.

¿De qué sirve insistir en que Freud dice que todo es ya “social”, por el hecho de que no puedo contar uno, y uno tampoco podría contar nada, si de entrada no hubiera tres?

La falta de una teoría del discurso hace que se intente prestar un soporte “material” a Freud: unas veces será el organismo, otras veces serán los acontecimientos “externos” y cuando se logra la “síntesis dialéctica” entre los organismos y el mundo externo –por ejemplo, en el hambre– el goce llega a la culminación. Pero es Freud quien aclara que la necesidad se diferencia del deseo (el segundo se reprime y la primera no).

El cuerpo y la sociedad –dice Castelnuovo– explican el alma y el individuo. El cuerpo es una sociedad y la sociedad es un cuerpo formado por clases que se repelen. Entre ese cuerpo y esa sociedad sólo existen las relaciones de trabajo (si dijéramos de producción, habría que incluir tanto las fantasías como el lenguaje). Si el cuerpo trabaja mucho y come poco se enferma. Una relación armónica entre la energía que gasta y la que recupera es salud. El optimismo médico de Castelnuovo afecta un desconocimiento de la medicina, así como su optimismo sociológico surge de la ideología y no de la política.

Bela Szekély (1892-1955) llegó a la Argentina en 1938. Húngaro de origen, traía junto a su erudición una formación sólida que comienza en Hungría con estudios de filosofía y sociología, continúa en Austria y Alemania dentro

del mismo campo, para llegar después de un vasto recorrido a un diploma de psicólogo en 1932. Estudia en Hamburgo con William Stern y Oscar Wiegmann; en Viena, con Carl y Charlotte Bühler (también con Adler); en Budapest con Paul Ranschburg e I. de Máday (en esa ciudad trabaja en psicoanálisis durante los años 1935-1937).

Se encuentra llevado al campo de la religión cuando descubre que “Dios es inconsciente” y que su pertenencia al discurso no puede ser refutada desde una ontología experimental fundada en la observación. La imposibilidad de separar la realidad de lo real, la existencia matemática de la escritura de la “existencia” en la realidad de ciertos objetos, le impide retornar de la religión al psicoanálisis. Y este hombre se encuentra en la extraña tarea de difundir los Tests en nuestro país y termina ostentando el título de introductor de Rorschach, publicando la primera monografía castellana sobre este autor en el año 1941.

Alfredo D. Calcagno, en el prólogo de 1946 a *Los Tests* de Bela Szekély, escribe sobre los “fines” que se propone esta obra: “. . . clasificar a los escolares; diagnosticar el retraso mental; seleccionar a los mejor dotados; constituir grupos homogéneos y clases paralelas, a fin de adecuar la acción educativa; elaborar y establecer los procedimientos educativos y didácticos, generales y especiales; organizar la labor del alumno y la del maestro o profesor; apreciar el progreso mental del niño o adolescente y el del grupo escolar a que pertenece; determinar la eficiencia de la acción formativa, el aprovechamiento de los estudios en particular y el rendimiento de la enseñanza, mediante escalas objetivas; caracterizar a los niños y jóvenes con deficiencia mental, con anomalías de la afectividad y del carácter, y precisar las taras morales de los delincuentes, en los diagnósticos de las clínicas de conducta, en los peritajes de los tribunales para menores y en los de la justicia ordinaria; examinar las variacio-

nes y alteraciones de las aptitudes en enfermos y accidentados y formular los respectivos diagnósticos y pronósticos en las clínicas psiquiátricas y en los servicios de medicina legal, fijar las bases de la organización científica del trabajo por individuo y por equipos, especialmente en fábricas, talleres y oficinas; establecer los procedimientos de selección de aspirantes conforme a su idoneidad para ejercer tal o cual oficio o profesión; y –cerrando esta enumeración sin completarla–, para contribuir a asesorar a los jóvenes y a sus familias sobre las actividades a las que aquéllos deben dedicarse preferentemente, de acuerdo con sus capacidades, su vocación y la demanda del mercado, es decir, para una estricta orientación profesional”.

La obra se agota entre elogios de la crítica por la tarea cumplida. En 1948 vuelve a editarse ampliada y mejorada. También, en un nuevo prólogo, Alfredo Calcagno amplía consecuentemente la oferta incluyendo nuevos poderes y esperanzas: “Ahora abrigamos –escribe– el convencimiento de que los esfuerzos realizados por el autor y por los editores para ampliarla y mejorarla (a la obra), en esta segunda edición, han de ser justamente apreciados, en un momento en que el estudio integral, la educación y reeducación de niños y adolescentes –en los propios hogares y en las escuelas, en los colegios, campos de deportes, tribunales, asilos, reformatorios, etc.–, al par que las cuestiones atinentes a los psicodiagnósticos, a la psicotecnia industrial y comercial, al reclutamiento, selección y adiestramiento del personal civil y militar de la Aviación, del Ejército, de la Armada y la marina mercante, y los complejos problemas de la orientación profesional, alcanzan tanta difusión y obligan a escoger atinadamente los métodos más adecuados de investigación psicológica”.

La psicología se propone regular el tráfico –productivo– de los cuerpos, definidos como sociales para excluir el

goce que los atraviesa y los sostiene. La preocupación por los niños y los adolescentes se relaciona con la inversión que la familia desea hacer, cuando pasa un miembro al cuerpo social, y con el provecho que el cuerpo social quiere extraer del injerto de ese miembro suplementario. La regulación de la circulación de los cuerpos en el campo social se relaciona con una red de instituciones que Calcagno enumera: una red que va desde la escuela (niños), pasando por los colegios (adolescentes), hasta los diversos trabajos y jerarquías de trabajos (adultos). Aquí la psicología muestra el revés de una trama: la falla generalizada de los “ritos de pasaje” necesarios para articular el goce con alguna producción. Porque nadie desea pasar de un lugar a otro, hay que inventar técnicas solapadas que regulen cautelosamente y contra la voluntad de los que pasarán, esta circulación temblorosa y anodina.

Szekély escribe: “Las diferentes nuevas orientaciones del psicoanálisis, representadas por Fromm, Rank, Horney, Sullivan, etc., refutan los conceptos freudianos en el plano de la teoría de los instintos, y también en lo que se refiere a la libido”²². En lugar de instinto, la psicología americana prefiere hablar de *needs* (necesidades). Bela Szekély por la vertiente del pensamiento cristiano, y José Bleger por la del positivismo de izquierda, llegan al culturalismo norteamericano: los dos necesitan defender una concepción del sujeto donde sea posible desterrar el “fatalismo” de Freud. Para Bela Szekély, es necesario que exista la libertad de oponer la voluntad al llamado de los “instintos” (en especial, aquello que se relaciona con la sexualidad en el sentido freudiano de goce polimorfo). No puede asombrar que el mismo padre Castellani se desviva en elogios de Sullivan al que llama re-

²² Bela Szekély, *Diccionario enciclopédico de la Psiquis*, Ed Claridad, sexta edición, 1975. Bs. As.

dentor: “La suerte del psicoanálisis –escribe– depende hoy de la suerte de la escuela de Sullivan. ¿Qué hizo Sullivan? SUBLIMO los descubrimientos de Freud bajo el influjo de la refutación de Adler y Jung y sobre todo, bajo el influjo de su ingente experiencia clínica”²³.

¿Cómo es posible que Bela Szekely, Leonardo Castellani y José Bleger argumenten de la misma forma y recurran a una misma “escuela” para superar el psicoanálisis freudiano? Los tres se preocupan por la inversión social de niños y adolescentes, son “arquitectos de almas”: lo que varía es el templo que cada uno quiere hacer con ese material.

En verdad, no tardarían en llegar refuerzos para los dispuestos a volver a las fuentes de la psicología general: Adler para los espíritus templados por el darwinismo; Jung para los soñadores del más allá, la fenomenología para las libertades ilustres; la reflexología para garantizar el casamiento de las preocupaciones sociales con las certidumbres de la neurobiología; el conductismo para que la adaptación pueda ser criticada y promovida a la vez.

La fundación misma de la Asociación Psicoanalítica Argentina es inseparable de una estrategia de los médicos contra la hegemonía de la psiquiatría: la medicina psicosomática intenta constituir una “totalidad” que excluye por igual a los filósofos con su conciencia y a los psiquiatras con su escrupuloso sistema nervioso y su obstinada veneración de la farmacopea.

Mira y López sabe como situarse: “Falta en las Facultades de Medicina –escribe en el prólogo de un libro que es carta de presentación– de los países latinos e indoamericanos la enseñanza oficial de la Psicoterapia. Las autoridades académicas creen que ésta se reduce a un apéndice de la Psi-

²³ Leonardo Castellani, *Freud en cifras*, Ed. Cruz y Fierro, 1966, Buenos Aires.

quiatria, cuando no opinan que el conocimiento psicológico es depositado, a modo de maná, de un modo providencial, sobre los alumnos en el curso de sus deambulaciones por las frías y lóbregas salas hospitalarias”²⁵. Lo de fría y lóbrega marca la falta de humanismo del psiquiatra, pero también aclara que no se trata de psicoanálisis cuando prosigue atacando al “psicópata energúmeno que adopta posturas de audaz intransigencia en sus concepciones y propugna convertir la enseñanza médica en pura docencia psicológica.”²⁴

Ni psiquiatría ni psicología pura (es decir, psicoanálisis): se trata de la “comprensión psicosomática de la Medicina”. Todo esto dicho en 1940 en la Facultad de Medicina, es decir, tres años antes de que otro recién venido –el doctor Angel Garma– promoviera la fundación de la Asociación Psicoanalítica.

Los términos de Freud invaden los escritos, las “monografías” se definen en relación con el psicoanálisis y por más que se fuercen las palabras para homologar las diferencias, éstas vuelven como alma en pena.

Parafraseado, refutado, desplazado, superado. El psicoanálisis introduce la verdad en la ciencia es porque encuentra su lugar en un callejón sin salida producido por la teoría clásica del sujeto. Ello habla y nadie encuentra la fórmula para hacerle decir lo que debería, según el Bien que se ofrece como “servicio” a la sociedad, que legitima la práctica de turno. Ni el Bien de Ariatoteles, ni el Deber de Kant, ni lo Útil de Bentham: sólo goces solitarios.

Ingenieros descubre la “simulación”, y supone el mimetismo como adaptación al medio. Pero ¿quién simula, quién se asimila? Cuando la simulación connote engaño “in-

²⁴ E. Mira y López, *Manual de Psicoterapia*, A. López Editor, 1942, Bs. As.

tencional” veremos al científico positivo precipitarse en la diatriba moral ²⁵.

Surgen entonces las paradojas que quieren ser sutiles: el que simula una locura está poseído por la locura de la simulación. Es verdad que existe un discurso llamado psicoanálisis que podría decir alguna cosa, pero también es verdad que una cierta concepción del hombre –del progreso, de la evolución, de la razón– tiene que ser abandonada.

Esta historia del mimetismo y de la simulación que apasiona a José Ramos Mejía, que desvela la erudición de José Ingenieros, podría haber conducido a la teoría de la identificación y por esa vertiente a una transformación de la psicología. Pero el obstáculo será siempre ese órgano que se adapta a una función, ese estímulo que produce una respuesta diligente, esa “intención” que supone siempre una “utilidad”. La ciencia positiva se revela, entonces, como hija del utilitarismo traído por Bentham desde Aristóteles, para fundar los beneficios de un hombre que practica cualquier astucia para sostener que sus intereses son voluntarios, conscientes y regidos por la placentera ley de obtener el mayor rendimiento con el menor esfuerzo, sin dejar de cumplir con su Deber, en memoria de Kant. Negar que toda conducta tiene un fin sería, para esta ciencia, dejar paso a una regresión –ahí se encuentra para decirlo Augusto Comte– hacia la metafísica y/o la magia. Pero este “hombre” es, para Freud, sólo el interés del yo que conoce la utilidad de producir el placer como límite de un goce.

Psicoterapia, dirigida por Gregorio Bermann y cuyos cretarios de redacción eran Paulina H. de Rabinovich y Emilio Pizarro Crespo, dedican el número tres (setiembre de 1936) al profesor Freud.

El temario es el siguiente:

1. Freud – proyección histórica del psicoanálisis en las ciencias y el pensamiento contemporáneo (sin firma, nota de presentación).
2. La obra de Freud en el último decenio, Horacio Delgado.
3. La proyección y la vuelta de los instintos contra el yo en el sueño, Angel Garma.
4. Evocación de la doctrina de Freud, Gonzalo Bosch.
5. Sobre la catarsis en un caso de histeria convulsiva, Marcos Victoria.
6. El psicoanálisis y los reflejos condicionados, Paulina H. de Rabinovich.
7. La psicoanálisis y el médico práctico, Juan Ramón Beltrán.
8. Dostoievsky y el parricidio, Sigmund Freud.
9. Las metástasis psico-orgánicas, René Allendy.

Los comentarios bibliográficos están dedicados a *Les Enfants qu’el faut readapter*, de Henriette Hoffer (firma de B. Serebrinsky) y *Essai sur la guerison* de René Allendy (firma de Pizarro Crespo).

La sombra de Pavlov acompaña a Freud en muchas páginas y cobra cuerpo en la pregunta con la que concluye su artículo Paulina H. de Rabinovich: “¿No sería posible relacionar el psicoanálisis con la doctrina de los reflejos condicionados constituyendo de ellas un solo sistema?”.

Pavlov dijo que estaba construyendo el fundamento de la ciencia para que los psicólogos puedan levantar la parte superior. Freud dijo alguna vez que el psicoanálisis era una superestructura que seguramente llegaría alguna vez a tener un fundamento biológico. De aquí, entonces, se puede extraer una síntesis. Los reflejos condicionados serían la infraestructura material, los procesos primarios la superestructura ideológica. El primer sistema de señales (los reflejos)

²⁵ José Ingenieros, *La simulación en la lucha por la vida*, Ed. Tor, 1955, Bs. As.

serían la causa cuyos efectos serían los segundos sistemas de señales (lenguajes). De esta manera se puede estar bien con Dios y con el Diablo, incluso contradiciendo lo que ellos dicen. En efecto, Pavlov dice que ignora la relación entre el primer sistema de señales y el segundo; así como Freud dice ignorar ese quimismo sexual que seguramente existe pero que nada puede decir del deseo (que no se reduce a la reproducción sexual). Ambos sabios –para usar un término caro a la época– dejan abierta una pregunta: sus lectores la cierran con la voluntad. Quizás los avisos que surcan la publicación, avisos que propagandean las diversas clínicas privadas de los integrantes de la misma, puedan decir algo sobre esa preocupación social.

Habíamos supuesto que la criminología no era indiferente a un problema de la paternidad: se elige la traducción de un artículo de Freud (*Dostoiévsky y el parricidio*) en el interior de una preocupación por la delincuencia, nudo de la relación entre la psiquiatría y el derecho penal.

Hay dos palabras, en estos discursos, que cumplen una función de nudo: una es totalidad y la otra unidad. Se habla de la unidad del sujeto, pero se evita la pregunta por el Uno. ¿No habría que preguntarse cómo hay Uno, antes de preguntarse por la unidad? Sabemos desde Kepler que no hay un centro sino dos y la pregunta es por la relación entre Uno y Otro.

Honorio Delgado, alguna vez citado por Freud como prueba de la difusión del psicoanálisis, escribe un resumen de algunos textos de Freud y le reprocha su rechazo por los que se inspiran en el psicoanálisis (médicos, psiquiatras) sin atravesar su práctica: “. . . olvidando que ellos son quienes incorporan las ideas y el criterio psicoanalítico en el organismo milenario de la medicina: –argumenta Delgado–; quienes renuevan la psicopatología, la psicoterapia, la psicología y hasta las ciencias del espíritu con el fermento

www.descartes.org.ar

freudeano, depurándolo de toda unilateralidad y sectarismo y ampliando su órbita de aplicación. . .” Delgado supone que Freud ignora que esta extensión del psicoanálisis tiene como condición la depuración del sectarismo, es decir, la abolición de lo específico de su descubrimiento. Sin embargo, en la misma revista Juan Ramón Beltrán responde a las sospechas de Freud, al definirse: “Soy médico, antes que psicoanalista. Mi actuación psicoanalítica es consecuencia directa de mi profesión médica. Por esta circunstancia he sostenido que con la técnica psicoanalítica, sólo se puede curar o tratar enfermos neuróticos: con la doctrina freudiana se puede coincidir, discrepar, discutir, etc.; con el método de investigación psicológica se puede buccar admirablemente la entrada íntima de lo inconsciente”.

Se puede discutir la doctrina, se puede restringir la técnica y se puede aprovechar el método para satisfacer el deseo médico de buccar en las entrañas de alguna cosa que se llama inconsciente. ¿Se equivoca Freud –como piensa Delgado– cuando critica una expansión que tiene como condición semejante articulación de su discurso?

Pero el *ser* de Beltrán no se contenta con *ser* médico sino que además reúne atributos que le permiten dictaminar desde la creencia que lo sostiene fuera de sí: “Por eso también creo que, como exponente que soy de la cultura médica de mi país –escribe–, no es posible admitir que el Psicoanálisis sea practicado por psicoanalistas no médicos, pues, como hemos visto, no es esta técnica terapéutica un procedimiento propicio para cualquier profesional. Deben reunirse condiciones y ser seleccionados con extrema severidad para que su ejercicio sea una garantía de bien público y de honestidad profesional”.

Como se ve, Beltrán identifica la honestidad con el médico y el bien público con la medicina, al punto de pensar que otros profesionales no reúnen estas condiciones.

El trabajo de Marcos Victoria plantea que la teoría de los reflejos puede explicar la dinámica de la histeria, pero que no agota el sentido psicológico de la misma: convergencia, entonces, entre el psicoanálisis y la reflexología. Gonzalo Bosch puntualiza algunos conceptos del psicoanálisis, pero deja de lado el narcisismo y la pulsión de muerte (relacionando la libido con la reproducción): propone como garante de su “evocación” de Freud a Mira y López.

Angel Garma, que aparece ostentando el título de *Psiquiatra del Tribunal Tutelar de Menores de Madrid*, expone con mayor información y destreza ciertas conjeturas sobre la proyección donde Abraham se encuentra más presente que Freud; y donde ciertos relatos de pacientes cumplen la función de sostener el verosímil de unas deducciones extraídas de la experiencia. ¿Por qué afirmar esto? Porque el orden de la exposición donde se comienza por la conclusión, muestra que los ejemplos sostienen razonamientos que no pueden deducirse de ellos.

En 1936 nos encontramos, entonces, con que el discurso de Freud es reducido a una técnica –por lo general, confundida con un saber hermenéutico que se transmite por interpretación– que puede ser “complementaria” de doctrinas más científicas (sea la teoría de los reflejos condicionados de Pavlov, sea el saber de la neurobiología, sea cualquier otro conocimiento del “hombre”).

Algunos suponen que el artículo de Freud sobre las series complementarias autoriza esto: sin embargo, desde 1905, Freud enfatiza que la *disposición* no es la suma de lo innato y de lo adquirido, si no el producto de las identificaciones primarias del sujeto.

Y esto, cuando trata de definir las perversiones. En ellas encontró Freud argumentos contra el finalismo reproductor de la sexualidad y contra el fundamento biológico de la pulsión.

Baste subrayar aquí que el *Trieb* (pulsión) de Freud se produce en una cadena de representantes que no son una expresión del organismo, ni tampoco un reflejo de la realidad. Ello –donde se anuda Eros y pulsión de muerte– es una especie de mundo exterior (escribe Freud) y es el inconsciente propiamente real. Ese real donde el cuerpo libidinal produce su historia como fantasía, no es la realidad de la percepción.

Si en un primer tiempo (1910/1930) los psiquiatras suponen que pueden autorizarse en el psicoanálisis, en un segundo tiempo (crítica de Pizarro Crespo en 1933, libro de Thenon sobre la neurosis obsesiva en 1935, la revista *Psicoterapia*, –que venimos comentando– de 1936) se intenta reducir el psicoanálisis a una técnica fundada en la teoría de los reflejos condicionados y/o en los hallazgos de la neurobiología, tratando de evitar las especulaciones “metafísicas” de los escritos metapsicológicos.

Un tercer tiempo (las conferencias de Mira y López en Medicina en 1940) comienza el desplazamiento de la psiquiatría a la medicina, que se apoya en un movimiento análogo que se produce en los EE.UU.

Mientras Bermann insiste en que la psiquiatría es parte de la medicina, los médicos proponen que la medicina psicosomática se opone a la psiquiatría (identificada con la práctica gótica del electroshock). Henry Ey, en su difundido y poco leído *Tratado*, propone que la medicina psicosomática se ocupe de las funciones vitales para complementar a la psiquiatría que es la ciencia de las funciones mentales. En este reparto no hay lugar para el discurso del psicoanálisis.

Basta seguir el razonamiento de Aníbal Ponce sobre el lenguaje (expresión de los sentimientos cuando es común, de la razón cuando es científico) para sospechar que desde esta posición jamás podría decir –como lo hace Freud– que el aparato psíquico es el aparato del lenguaje. Cuando la psi-

cología y/o la psiquiatría piensan la causa suponen a lo psíquico como efecto, cuando piensan la determinación se ponen a sentenciar sobre la influencia recíproca.

El lenguaje es cuerpo sutil –dirá Lacan–. Podríamos decir también que es una sutileza del cuerpo, pero entonces hablaríamos de goce para no olvidar que las funciones no son una exclusividad del cuerpo somático desde que ello habla.

Volviendo a Pavlov contra los pavlovianos podemos citar lo que dice del lenguaje en *Reflejos condicionados e inhibiciones* (Ed. Península, 1967): “En lo más bajo de la escala animal, sólo el contacto inmediato entre el alimento y el organismo conduce esencialmente al cambio alimenticio. En el grado superior, los sonidos de las palabras, los signos de la escritura y de la imprenta, dispersan a las masas humanas por toda la superficie de la tierra (. . .) Antes de la aparición del *homo sapiens*, los animales tomaban contacto con el mundo exterior única y directamente por las impresiones de los más diversos agentes externos, impresiones detectadas por los aparatos receptores de los animales y conducidas a las células correspondientes del sistema nervioso central. En el que iba a convertirse en hombre aparecieron, se desarrollaron y perfeccionaron al extremo las señales secundarias, señales de señales primordiales, las palabras pronunciadas, audibles y visibles (. . .). Sabemos que existen personas que están dispuestas, basándose únicamente en las palabras, a sacar de ellas todas las conclusiones posibles, a limitar todo conocimiento a las palabras y emplearlas para dirigir su vida y la de los demás (. . .) la masa humana se encuentra dividida en tres tipos: el meditativo, el artístico y uno intermedio. En este último, el trabajo de los dos sistemas se basa en la medida conveniente. Esta división es válida tanto para los individuos como para las naciones”.

¿Cómo puede Pavlov llegar a decir que el lenguaje dispersa a los sujetos sobre la superficie de la tierra, que hay señales de señales que permiten reducir los individuos y las naciones a tres tipos fundamentales, donde uno intermedio sirve de medida para una ética del justo medio? Digamos que Pavlov no resolvió el problema de estas señales de señales y que esta misma postura reduce la función productiva de la metáfora a una simple analogía de una analogía. Pero en la actitud de Pavlov hay una reserva –un límite, un corte– que los pavlovianos borran al buscar la totalidad y la unidad dando por supuesto lo que sería necesario demostrar. (No basta disfrazar las funciones de orgánicas para superar el dualismo, dado que las mismas no son órganos).

Los reproches hacia Freud son un oxímoron: se lo acusa en forma simultánea de ser teológico y corruptor, de volver a la metafísica y ser pansexualista, de especulativo y materialista, de generalizar observaciones y de no observar nada por su tendencia a generalizar. Si el reproche se dirige al lenguaje cautivante de Freud, es porque será el lenguaje lo que Freud pondrá en el lugar de toda “observación”. Y el lenguaje no se observa, se escucha. Y el lenguaje no refleja, produce. Y el lenguaje no expresa, oculta. Y el lenguaje no comunica, goza.

En 1948 el escritor Juan Pablo Echagüe exclama frente a sus iguales de la Academia Argentina de Letras: “¡Dejemos a los médicos y a los psiquiatras movidos, no por el prejuicio sino por un auténtico ideal científico, la práctica del psicoanálisis; ellos encontrarán, sin duda, el justo medio y el equilibrio indispensable para alcanzar conclusiones humanas y valederas. Abandonemos de una vez ese torpe y malsano tanteo de las tinieblas, ese gusto desconcertante por lo infrahumano!”²⁶. Su clamor fue escuchado, el justo medio triunfó sobre el

²⁶ Juan Pablo Echagüe, *El psicoanálisis*, Ed. Academia Argentina de Letras, 1948, Bs As.

www.descartes.org.ar

psicoanálisis: una carta de Willy Baranger (1975) a los miembros de la COPAL propone que entre “el Charybdis de la rutina y el Escylla de la teorización delirante”, hay que cobijar a psicoanalistas razonables, sensatos y creativos (sic).

Basta leer *El antiguo-yo* de Marta Berlín y Emilio Rodríguez para comprender por qué la *asociación* oscila entre la rutina y el delirio, entre los *creyentes* obsesivos y los *profetas* que se fascinan por la libertad del loco, sin comprender su límite.

Mientras la APA elabora el pasaje de Freud a la medicina psicosomática de Alexander, mientras sustituye el alemán por el inglés, la psicología *oficial* se convierte en fenomenológica.

Los psiquiatras se alejan del psicoanálisis atraídos por Pavlov –que denotando la antigua experimentación, connotaba aires de renovación social– y el psicoanálisis se dispersa. Germán Greve publica en 1943 un libro caótico que nada tiene del psicoanálisis²⁷; Jorge Thenon llega a proponer el compromiso social como solución de los problemas de la adolescencia, mientras Bermann en 1956 propone que la “tarea fundamental de la psiquiatría en nuestros días es integrarla al cuerpo de la Medicina. Cualesquiera sean sus peculiaridades, la psiquiatría es una rama de la medicina, y como tal, tiene que adoptar sus principios y métodos. Salvo que abandonen la vía científica, los especialistas responsables tienden *universalmente* a establecer una psiquiatría clínica, concreta, viviente, tan ajena a las abstracciones y a las disquisiciones como a las mitologías cerebrales”²⁸. ¿Por qué? En ese momento se discute el lugar de los psicólogos que amenazan con otra dispersión. Se trata, en fin de la *época*:

²⁷ Germán Greve, *La debilidad de la voluntad*, Ed. de la Universidad de Chile, 1943. *Sobre Psicología y Psicoterapia de algunos estados angustiosos*, Literal, ficha, 1977, Bs. As.

²⁸ Gregorio Bermann, *Nuestra Psiquiatría*, Ed. Paidós, 1960, Bs. Aires.

“La obra de Freud está marcada –escribe Bermann, en 1949–, como toda obra de pensamiento, por su origen, desarrollo y época, y quiero señalarlo particularmente, por su contenido de clase, que la ubica en conjunto entre las doctrinas contrarias al *progreso*. Actualmente su difusión está ligada al crecimiento de la lucha de clases”²⁸. La lucha en cuestión no puede entenderse sin contar con la fundación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, expandiéndose sobre un campo que la psiquiatría consideraba como propio.

En cuanto a Honorio Delgado, como dice el tango de las mujeres, mejor no hay que hablar: terminó en lo peor.

Bajo el título de *El psicoanálisis y la vida moderna* (Miracle, 1933) se edita en España (con prólogo de Ramón Sarró) la primera visión de conjunto de la “joven ciencia”. Un equívoco de entrada: el psicoanálisis como moral de las luces frente al oscurantismo. La difusión de la teoría, desde el comienzo, se encontró envuelta en el aire liberal y culturalista. Rechazada la pulsión de muerte, atenuados los excesos de Freud, las instituciones pudieron instalarse sobre el Bienestar (el placer, sin sospechoso más allá) y consideraron que esta ética del justo medio era la cura misma.

Lo que no entraba en esta perspectiva y que sin embargo estaba en los textos de Freud (vuelto sagrados por el olvido de su lógica) fue puesto en lo *real*: el carácter, la personalidad del hombre de Viena. Como si el deseo de Freud (articulado en palabras) fuese una referencia psicológica a la que se podría apelar para borrar aquello mismo que se toma como *prueba*.

“Alguna vez –escribe Juan Rof Carballo– he señalado la omisión por los biógrafos de Freud de este hecho revelador. Freud, adolescente, funda con su amigo Flüss, nacido como él en Friberg, una especie de sociedad secreta, la *Aca-*

demia Española. Como lenguaje críptico, para que los demás no les entiendan, utilizan el castellano”. (Prólogo a las *O.C.* de Freud).

En el pacto de aquellos adolescentes el castellano es la consigna que constituye al grupo, que marca el límite entre los que pueden incluirse y los que serán excluidos: “Siendo yo un joven estudiante –escribe Freud–, el deseo de leer el inmortal Quijote en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana”. El aprendizaje sin maestros de esa lengua secreta se relaciona con la lectura de Don Quijote, cuya genialidad es producto de una parodia, de la misma forma que el psicoanálisis comienza por ser una ficción (una parodia) del saber neurológico. Por otra parte, ¿no fueron sueño y locura los dos tópicos de los que se valió Cervantes para articular la razón de la sinrazón?

Lacan, por su parte, cita a Borges y alguna vez se dijo “el Góngora del psicoanálisis”, a pesar de ese Mallarmé que circula por sus textos.

En dos oportunidades Freud hará referencia a la *Revista de Psiquiatría* publicada en Lima (Perú) por Honorio Delgado. En Chile R. Latcham escribe sobre *La psicoanálisis de Freud y el totemismo* (1926), mientras que entre nosotros Bernardo Canal-Feijóo supo utilizar en forma excelente el psicoanálisis para investigar algunos aspectos del folklore. Todo este trabajo disperso y ajeno a la Asociación Psicoanalítica Argentina podía eludir el golpe de la medicina, mientras que el primer número de la revista de esta Asociación se encuentra marcado por el anuncio de lo que después extraviaría su práctica. Se empieza por “superar” a Freud.

Es indudable que al poner la condición de médico como garante de la práctica psicoanalítica, se terminaría por suponer que la medicina era el fundamento material de la investigación. Freud había inventado la palabra psicoanálisis para diferenciar su campo de la psicología y la psiquiatría,

así como había explicado la formación médica como obstáculo de la formación psicoanalítica.

La medicina introdujo, por otra parte, su concepción del organismo, siendo responsable del olvido en que pudo caer la investigación sobre la unidad narcisista del cuerpo y su fragmentación (por ejemplo, en la histeria), así como se confundió el cuerpo crógeno hasta sumirlo en unos criterios de maduración que recubren una moral que ignora sus determinaciones éticas. El dualismo repudiado retorna como intraorgánico cuando se introducen *funciones* que mueven a los *órganos*.

El saludo de Ernest Jones a los argentinos que fundan la Asociación Psicoanalítica es revelador (¡olviden el alemán hay que saber inglés!).

Los deseos de Jones fueron satisfechos, quizá por un sesgo diferente al esperado: en pocos años el discurso de M. Klein había sustituido completamente al de Freud. También el psicoanálisis norteamericano propuso alguna superación, y el mito del progreso de la ciencia embargó al grupo.

Lo que es posible que no estuviese en los cálculos de nadie es que vía Francia el discurso de Lacan mandaría de vuelta al lugar excluido: Viena (“La cosa freudiana”, en *Escritos*, Seuil, París, 1966). Si es necesario comprender alguna cosa del pensamiento moderno, hay que partir de que el mismo es inseparable de la producción en lengua alemana: Kant, Nietzsche, Hegel, Heidegger, el mismo Freud. Incluso, la producción cultural de Francia es –en lo que va del siglo– una lectura del pensamiento alemán (que a su vez lee, con Marx, la economía inglesa para encontrar lo forcluido del discurso de la Revolución Francesa, es decir, la plusvalía).

La fascinación por el inglés llegó a un punto entre nuestros psicoanalistas, que muchos “corregían” la traducción que Ballestero había realizado del alemán mediante la confrontación con la traducción inglesa de James Strachey.

Xavier Bóveda fue un escritor gallego que pasó casi toda su vida en la Argentina: “Me doy a veces a pensar –escribe en *Cartas a una mujer*, 1943– que todo en nuestra vida está paudado como un poema, y que lo único que podemos hacer es regir el tiempo de nuestra melodía (. . .) Si admitiéramos en el pájaro una conciencia acaso su primera sorpresa, al romper la estricta clausura de la cáscara, sería la de descubrir que esa caparazón no formará parte, en lo sucesivo, de su vida”.

Quizá nunca me hubiese encontrado con estas reflexiones si antes no hubiese descubierto en unas notas de Jacobo Numhauser que “un grupo de escritores argentinos, con Xavier Bóveda a la cabeza, invita a Freud a establecerse en la Argentina dado el clima antisemita austríaco que le tocaba padecer en esos momentos. Estábamos en 1933, cuando el nazismo incrementaba su persecución; Freud, emocionado, declina esta ponderable oferta diciendo lo siguiente: “. . . leo y entiendo el hermoso idioma en que usted escribe sus versos, pero no me tengo confianza para escribir en él. . .” (Prólogo a las *Obras completas* de Freud).

La importancia de la dimensión del lenguaje queda manifiesta en este argumento –aunque fuese de cortesía–, dado que a Freud le parece que la imposibilidad de escribir un idioma es obstáculo para convivir con los sujetos que lo hablan.

Esta importancia del lenguaje se manifiesta en una preocupación constante por el estilo y un manejo de la lengua que convirtió a Freud en merecedor del premio Goethe.

¿Qué hubiese pasado si Freud se trasladaba a la Argentina y se encontraba con el lenguaje secreto de su juventud? Quizá, como escribe Xavier Bóveda, “. . . no podemos vulnerar nuestra vida (pues tal vez ella esté predeterminada por el destino) pero si podemos hacer lo que el maestro hace con la partitura; esto es, interpretarla correctamente”.

Nunca sabremos si el maestro interpretó correctamente, pero el destino del psicoanálisis en Inglaterra –incluso la línea sostenido por la misma Anna Freud– podrían sugerir una equivocación.

Las *Jornadas psiquiátricas de Córdoba* (1952), las *Jornadas psiquiátricas del Norte* (Tucumán, 1953) y las *Jornadas psiquiátricas del litoral* (Rosario, 1954) muestran las disputas entre la escuela “analítico-existencial” (impuesta por César R. Castillo desde 1951, mediante una cátedra de psicología médica para graduados, y afirmada por el viaje de Viktor E. Frankl en 1954) y la escuela pavloviana (Pavlov es nombrado por Agrelo en 1908, se propone como fundamento del psicoanálisis a través de la señora Rabinovich en 1936, es alentada por Gavrillov desde Tucumán y se afianza con el *Seminario de estudios pavlovianos* creado por Jorge Thenon en 1949): entre los existenciales y los pavlovianos comienzan a circular los de la escuela *dinámica* (psicoanálisis) que incluyen a los especialistas en grupos (en 1953 Usandivaras, Mom y Resnik hablan de experiencias con grupos psicóticos y en 1954 –en Rosario– presentan trabajos sobre grupos F. Pérez Morales con Marcela Spira; Mom, Fontana y Puget; Morgan, Muratorio y Pérez Morales; Abadi y Usandivaras, etcétera).

Rodríguez trae algún Bion de Inglaterra, otros viajan a Toronto por su dramático Moreno; luego vienen los repetidos *congresos* y las declaraciones de los progresos realizados por la nueva técnica.

También el psicoanálisis de niños introducido por A. Rascovsky y E. Pichón-Riviére es desarrollado en la línea de Thelma Reca por un lado; y por otro en la que traza A. Aberastury pasando desde Anna Freud a M. Klein en 1942 (cuando comienza a mantener correspondencia con la misma). En 1948 M. Langer y A. Aberastury traducen *El psicoa-*

nálisis de niños de M. Klein. En 1957 se organiza un simposio sobre el mismo tema.

Como puede leerse, la *dinámica* es expansiva y también incluye grupos dedicados al hipnoanálisis (Gubel, Lerner, Vallory, Meson, etc.) y a los tratamientos con alucinógenos (Jorge Saurí y Amelia C. de Onorato publican el primer trabajo en 1955) realizados por Alberto Tallaféro, Luisa G. Álvarez de Toledo, Alberto Fontana, Francisco Pérez Morales. Las drogas buscan el *insight* y colaboran con la *interpretación* (todo es posible en la dimensión desconocida de la psicoterapia dinámica). Incluso pueden existir una regresión al psiquismo fetal que le permita al terapeuta encontrarse con Arnaldo Rascovsky, y al paciente alimentar la ilusión de la profundidad de su ser.

En verdad, en esta diversión que se pretende interdisciplinaria se encuentran los tres registros de la psicología de Ingenieros: *Filogénesis* (psiquiatría, en la vertiente de la herencia); *Sociogénesis* (psicología en la vertiente social y psiquiatría pavloviana); *Ontogénesis* (persecución del feto en la vertiente médica, descripción de la existencia en la filosofía).

En medio de la confusión producida entre los psiquiatras pavlovianos, los médicos psicosomáticos, y los caídos en desgracia (filósofos de la existencia) que habían dominado la psicología durante diez años amparados por la Gestalt, aparece la carrera de psicología para enfatizar el culturalismo.

¿Por qué no? Ricardo H. Etchegoyen responde a una pregunta sobre la diferencia entre Pichón Riviére y Rascovsky de la siguiente forma: “Yo, personalmente creo que estos puntos de vista divergentes, que van desde Arnaldo Rascovsky hasta Enrique Pichón Riviére, están *todavía* dentro del pensamiento psicoanalítico (. . .) El doctor Arnaldo Rascovsky tiene un vivo interés en la investigación de los procesos prenatales y ha incorporado a su técnica

psicoanalítica muchos de los elementos teóricos que él dice haber encontrado y que fundamenta, por otra parte, en una serie de estudios muy respetables.

“El doctor Pichón Riviére, *en el otro extremo de esta gradación*, hace más hincapié en los problemas de tipo psicosocial, como vimos a través de su relato (. . .) Ahora, en cuanto a discrepancias o divergencias, creo que son momentáneamente de énfasis, de enfoque; pero no sustanciales. También podría señalar que hay algunos grupos que están muy interesados en los estudios de Sullivan; *pero en este momento todavía no ha habido una diferenciación neta* entre psicoanalistas y culturalistas. . .”²⁹.

Pichón Riviére confundió el discurso del psicoanálisis con la (de)gradación de su institución y para romper con la segunda terminó por alejarse del primero.

²⁹ Ricardo H. Etchegoyen, *Estado actual de la psicoterapia en la Argentina (Las psicoterapias y el psicoterapeuta*, Gregorio Bermann, Ed. Paidós, 1964, Bs As.